

# Nuestra Lengua: trinchera **esencial**

Lic. Jaime Hugo Talancón Escobedo\*

*“Pronto descubrí que la defensa de la poesía, menospreciada en nuestro siglo, era inseparable de la defensa de la libertad [...] la palabra poética ha sido simultáneamente profecía, anatema y elegía de las revoluciones modernas”.*

Octavio Paz

*Resulta indignante  
la versión  
adulterada del  
lenguaje que usan  
los medios de  
comunicación y  
quienes pretenden  
convertir a la  
juventud en un  
prototipo de  
mercado, con una  
especie de  
dialecto, repleto  
de onomatopeyas,*

**E**l último día del mes de julio de 2009, en la siempre excepcional ciudad de Zacatecas, se constituyó la Academia Iberoamericana de Comunicación y Defensa de la Lengua Española, A. C. Sin lugar a duda, debe celebrarse con emoción la apertura de un espacio dedicado a defender y promover el uso del lenguaje; esto es, del elemento esencial de nuestra cultura, nuestra identidad, nuestra vida cotidiana.

Felicito a los organizadores por haber concebido esta idea y, sobre todo, por haber conseguido llevarla a cabo.

Decía María Zambrano que “el pensamiento, cuanto más puro, tiene su número, su medida, su música”. En su esencia, el idioma es música. Sus tonos expresan la vida íntima de nuestras regiones.

La integración de los pueblos indios con los españoles, los africanos traídos como esclavos y los orientales que en menor número se integraron a la sociedad virreinal, generó un mestizaje creciente que fusionó la música y la profundidad de las lenguas de la Nueva España hasta lograr un amplio dispositivo musical, el habla cotidiana de los habitantes del virreinato.

Todo fue incorporado: las complejidades barrocas de Sigüenza y de Sor Juana –en latín y en español-, junto con la sencillez y la ternura con que la propia

Jerónima tomó parte en la cultura popular en sus cantos y villancicos con sus hermosos tocotines, pequeñas piezas mezcla de náhuatl y español, de canto, baile y poesía-alegría y divertimento de la preciosa imaginación barroca. Todo fue determinante para establecer los parámetros con los que los mexicanos compartimos nuestro goce de la lengua de la Nueva España con las demás sociedades de Hispanoamérica.

Desde entonces, nuestra lengua prometía grandes sucesos, llenos de novedades y creaciones, voz de un pueblo derivado de mezclas genéticas, cuyo corazón latía con la vitalidad del trópico y el altiplano.

La Nueva España se transformó en una caja musical, y musicalmente se inició también nuestro proyecto de nación, y la lengua se transformó en una declaración de nuestra anhelada vida nacional.

Por ello, porque está inscrito en el ser más auténtico de nuestro pueblo, el Estado mexicano no puede descuidar el carácter esencial de nuestra lengua, el lenguaje de todos. Empero, observamos que el Estado carece de una idea puntual acerca de esta herramienta, fina y sagrada, que tenemos los mexicanos para ponernos de acuerdo. Nos dice Octavio Paz: *“El hombre es lenguaje porque es siempre los hombres, el que habla y el que oye.”* Suprimir al

\*Profesor de la Facultad de Derecho, UNAM.

sujeto que habla sería consumir definitivamente el proceso de sumisión espiritual del hombre”.

En aras de algo tan inasible y abstracto como la supuesta modernidad, se camina sin brújula, se acepta la intromisión de esquemas y modismos idiomáticos provenientes, sobre todo, del inglés, con el argumento pobre y discutible de que eso nos facilita la incorporación a la economía mundial. La modernidad es el pretexto para saquear y disolver, entre otros, el tesoro más codiciado de los mexicanos: su lengua nacional.

Si partimos del hecho de que, en la década de 1880, Arthur Rimbaud proclamaba la necesidad de ser absolutamente modernos, debemos enfrentar el hecho de que abrazamos la modernidad sin atrevernos a definirla. Si en verdad buscamos una “modernidad” certera, debemos relativizar el propio concepto y permanentemente ser críticos y autocríticos; particularmente, rescatando y manteniendo nuestro lenguaje, defendiéndolo de los agentes externos que buscan disminuirlo como elemento enriquecedor de las relaciones comerciales y de negocios, y aun de la vida científica y tecnológica.

Quienes desean prestigiar su vida con el uso de otro idioma, sin antes haber cubierto su compromiso de dominar su propia lengua, parten de una idea falsa de su país y recusan su fuerza cultural. Hablar en los términos que exige nuestra lengua es un acto de conciencia y de identidad, nos enseña Fernando Serrano Migallón.

Por lo tanto, contar con Academias, como la Iberoamericana de Comunicación y Defensa de la Lengua Española, que tiene como objeto la preservación y defensa del idioma español, es contar con una celosa atalaya de nuestra fuente cultural primigenia y seminal. Son

grupos constituidos por gente sensible y distinguida, atenta a la idea de interés colectivo, desde una posición estratégica, fundamental, con una demanda de conciencia, arraigo y preparación.

Estas academias son garantes de la lengua, de la música con la que nos comunicamos, de la imaginaria y de la conciencia cultural de los mexicanos y tienen toda la razón para existir y para actuar.

Creíamos que con la llegada de la sociedad de la información y la sociedad del conocimiento, con la explosión espectacular de las telecomunicaciones y la Internet, adquiriríamos un espacio para reintegrarle dignidad a nuestra lengua.

Hoy, miramos con azoro que el lenguaje de los mexicanos está salpicado con barruntos conceptuales y verbales procedentes de otras latitudes. Las actividades comerciales, el ámbito de los negocios y aun varios espacios académicos y científicos incorporan con sigilo al inglés como ensamblador fundamental de su comunicación cotidiana. Estas transformaciones implican un cambio en la forma de ver el mundo.

Resulta indignante la versión adulterada del lenguaje que usan los medios de comunicación y quienes pretenden convertir a la juventud en un prototipo de mercado, con una especie de dialecto, repleto de onomatopeyas, de palabras cortadas y monosílabas, de elementos ortográficos primitivos, de desamor por la fonética y, sobre todo, de ineficacia para explicar su realidad más inmediata.

“La palabra se ha divorciado del espíritu”, escribió López Velarde; y el novelista Henning Mankell, a través de uno de sus personajes, dice: “Todo en nuestros días, el café como las personas son débiles”, y podríamos agregar que por ello echamos mano del lenguaje



*“El hombre  
es lenguaje  
porque es  
siempre los  
hombres, el que  
habla y el  
que oye.”*

El Arco y la Lira.  
Octavio Paz



Hablar en los términos que exige nuestra lengua es un acto de conciencia e identidad.

*Se hace evidente  
que emprender  
la defensa de  
nuestro lenguaje  
es parte esencial  
del rescate de  
la soberanía de  
nuestra nación.*

para disimular o maquillar la debilidad y construir otra realidad: la versión débil o ligera; apelo a su comprensión por el atrevimiento: alguien menos precavido la llamaría la versión light de nuestro lenguaje. Es una versión que no manifiesta una propuesta de universalidad; antes bien, se percibe una intención de esquivar, de ocultar, de ignorar, de mantenerse al margen, sin sostener un compromiso con la sociedad en que se vive.

Ese lenguaje híbrido y descastado, propiciado por el mercado y adoptado por las clases medias, y el lenguaje agresivo y brutal de los sectores sociales más débiles son explícitos de las nuevas técnicas de dominación y envilecimiento, suscritas por el desarrollo de la modernidad. El Estado mexicano, en su debilidad, no advierte el paso veloz con que se pervierte el idioma de los mexicanos. No neutraliza la influencia nociva

de los medios de comunicación ni establece políticas concretas en el sistema de enseñanza. La ciudadanía puede, en esta coyuntura, emprender una lucha seria en favor de la lengua, para rescatar su fuerza creativa, su valor, su dignidad y su fortaleza.

Finalmente, en el lenguaje se dirime gran parte del futuro de México. El debilitamiento de sus bases, el desprecio de su razón de ser y la ignorancia de su defensa nos impiden reivindicar un país independiente, rico, majestuoso e imponente.

Se hace evidente que emprender la defensa de nuestro lenguaje es parte esencial del rescate de la soberanía de nuestra nación, porque no podemos olvidar que con cada palabra que deja de pronunciarse se pierde el cúmulo de las ideas que la animan, y que de ahí a la pérdida de la identidad hay apenas un paso diminuto. ●